

## CAPITULO CLXIII.

Nueva guerra con la Gran Bretaña.—Proceder de Napoleon.—El general Gravina.

DADAS las condiciones especiales en que se hallaba Francia en los momentos que vamos historiando y con los celos que inspiraba la conducta de Napoleon, lógico era que la paz no pudiera prolongarse mucho tiempo, y la Gran Bretaña, recelosa siempre, dió, por decirlo así, la señal de alarma, los ánimos tornaron á enconarse cada vez más, y finalmente á las amenazas hechas por Francia, el Gabinete inglés mostrós exigente con Napoleon, éste á su vez rechazó las exigencias haciendo otras nuevas, y en 22 de mayo de 1803 declaróse oficialmente la guerra.

Lo mismo una nación que otra preparáronse para la guerra, y como que Francia, para atender á los gastos de esta nueva empresa, vendió la Luisiana á los Estados Unidos, faltando con ello á lo convenido con España cuando adquirió de ésta aquel territorio, protestó de ello el embajador español, dándose ocasion de aquí para que Napoleon estableciese un campamento en Bayona á fin de amenazar á España y obligarla á que se declarase terminantemente á favor de una ú otra nación, impeliéndola á romper la neutralidad que se habia propuesto conservar.

Los artículos del tratado de San Ildefonso de 1796 fueron revisados de nuevo, se les dieron distintas interpretaciones, cambiándose entre ambos gobiernos multitud de notas, hasta que finalmente el primer cónsul, fingiendo que cedía, exigió á España un subsidio en metálico y el reconocimiento de la libertad de comercio, permitiéndola en cambio que permaneciese neutral.

Tampoco esto convenia; cruzáronse nuevas notas, preséntanse más amenazadoras las exigencias de Napoleon y la funesta política seguida en los años anteriores da finalmente por fruto el que se viese España obligada á firmar un tratado con Francia, «en virtud del cual, el rey de España, como dice un historiador, accedía á las reclamaciones de Francia en lo relativo á los gobernadores de varios puntos marítimos; se obligaba á proveer de cuanto fuese necesario para la reparacion y armamento de los buques franceses que entrasen en el puerto del Ferrol, de la Coruña y de Cádiz; prometía satisfacer un subsidio mensual de seis millones y reducir á Portugal á pagar un millon cada mes, á fin de prevenir todas las dificultades que podrían suscitarse para su reino en caso de una guerra entre aquel estado y la república francesa; concedía paso libre de derechos á los paños y manufacturas de Francia expedidas á Portugal; prometía celebrar aquel mismo año un tratado de comercio, y en cambio de todo esto, el primer cónsul reconocía la supuesta neutralidad de España, y prometía no oponerse á ninguna de las medidas que pudiesen tomarse con respecto á las naciones beligerantes, en virtud de los principios generales y de las leyes de la neutralidad (9 de octubre).»

El día 2 de diciembre de aquel mismo año el pontífice Pío VII ungió en la iglesia de Nuestra Señora de Paris la frente del oficial de artillería de Tolon, y la corona imperial ostentábase sobre las sienas de Napoleon Bonaparte, á quien el Senado consulto de 18 de mayo del mismo año declaraba Emperador, haciendo hereditario el trono en su familia.

Todas las naciones de Europa apresuráronse á reconocerle, menos Inglaterra, que, aprovechándose de los sucesos que acabamos de indicar, habia estado haciendo sus aprestos.

Francia tampoco los habia descuidado, y aun cuando Rusia y Suecia parecían mostrarse indignadas por el fusilamiento del duque de Enguien, no por esto ofrecían un concurso eficaz á Inglaterra, que, sabedora de la extraña neutralidad de España, neutralidad que facilitaba subsidios á uno de los beligerantes, reclamaba del Gobierno español que le concediese tambien auxilios, y como que esto no pudo ser porque la penuria de la Hacienda era mayor cada vez, Inglaterra dió órdenes secretas á sus cruceros para que acometiesen en todos los mares á los buques españoles echando á pique á todos aquellos cuyo porte no excediese de cien toneladas.

Las consecuencias de esto no tardaron en tocarse: á la altura del cabo de Santa María, cuatro fragatas españolas que venían del río de la Plata con seis millones de duros, fueron acometidas por los cruceros ingleses, y á pesar de que los marineros se defendieron bizarramente, no pudieron evitar el que una de las fragatas pereciese con todos sus tripulantes, teniendo que rendirse las otras tres, que fueron conducidas á los puertos ingleses.

Lógico era que semejante infraccion del derecho de gentes levantase un clamoreo universal, hasta en la misma Inglaterra, y el 12 de diciembre de 1804 publicó el Monarca español la declaracion de guerra que fué contestada por el Gabinete inglés con otra análoga en enero del siguiente año.

De nuevo volvemos á encontrar la suerte de España unida á la de Francia. En virtud del tratado firmado por el embajador español Gravina y el ministro de marina Decrés en 4 de enero de 1805, España se comprometía á sostener armados y abastecidos por seis meses, á disposicion del Emperador, treinta navios de línea en los puertos de Cádiz, el Ferrol y Cartagena, en cambio de la garantía que Napoleon daba á S. M. C. de la integridad de su territorio y la devolucion de las colonias que pudiesen serle tomadas en aquella guerra.

Mientras Napoleon recibía en Milan la corona de hierro de los

reyes lombardos é incorporaba al Imperio la república de Génova, preparaba el atrevido plan que habia de llevar sus huestes á las playas de la Gran Bretaña.

Este plan consistía en alejar á Nelson de Europa, simulando una falsa expedicion á las Antillas y haciendo regresar las naves, burlando la vigilancia de los ingleses, traerlas de nuevo á Europa para que protegiesen el desembarco proyectado.

Sin embargo de que el almirante Villeneuve y Gravina, al frente de las dos escuadras, tomaron rumbo para la Martinica, el almirante Gautehaume no pudo salir de Brest ni recoger los buques españoles que habia en el Ferrol, porque el tiempo, constantemente favorable para los ingleses, no les obligó á alejarse, manteniéndole completamente bloqueado.

El emperador de Rusia, firme en su proyecto de hacer la guerra á Francia, presentó un plan, bajo el título de *Liga de intervencion para apaciguar á Europa*, á cuyo trabajo sirvieron de base, respecto á fijar la suerte de Francia, los tratados de Luneville y de Amiens.

La coalicion no tuvo efecto, y Napoleon envió órdenes inmediatamente á los almirantes Villeneuve y Gravina para que regresasen. Estos habian llegado sin tropiezo á las Antillas, y á pesar de haberse reforzado la escuadra hasta reunir veinte y nueve velas, Villeneuve, presa de un pavor incomprendible, rehuý atacar á los catorce navios de Nelson, y como que recibió uno de los pliegos del Emperador, tomó precipitadamente la vuelta de Europa, no sin que el enemigo se apercibiese de ella, y Nelson envió orden al almirante Calder, por cuya razon encontráronse en el cabo de Finisterre el día 22 de julio.

«El combate era inevitable, dice un historiador moderno, y ambas armadas se dispusieron para sostenerlo con honor.

«Villeneuve, empero, que, si bien marino valiente y entendido, era irresoluto, tardo en los movimientos, turbado en medio de la pelea y amante, como decia Gravina, de pesar el pro y el contra de las cosas como si pesara oro, sin dejar nada á la fortuna, como acreditara en su expedicion á las Antillas, perdió un tiempo precioso ántes de colocarse en órden de batalla, y malogró la mejor parte del día á pesar de las excitaciones de Lauriston.

«Por fin, empezó la batalla á las tres de la tarde, y Calder, queriendo repetir la maniobra que diera la victoria á Rodney y á Nelson en 1780 y en Aboukir, consistente en cortar la línea contraria ó en doblarla para coger al enemigo entre dos fuegos, marchó contra la vanguardia, donde estaba con los navios españoles el almirante Gravina, de quien dijo Lauriston «que era todo genio y decisión en los momentos de la lucha.»

«Sin esperar la señal del general en jefe, se lanza el español sobre la vanguardia enemiga, y empuña vigoroso combate á medio tiro de cañon, sin que la perplejidad de Villeneuve permitiese que se extendiese más allá de la mitad de la línea; creía hacer bastante con pelear valerosamente, y no daba disposicion alguna para librar á la mayor parte de su escuadra de la vergüenza de verse en la inaccion en tanto «que los españoles se batian como leones (1).» Inútilmente le instaban sus oficiales para que diese la señal de avanzar á fin de incorporarse á los navios españoles y librar al *Firme* y al *San Rafael* que, perdida la arboladura, habian sido arrojados por el viento á la línea enemiga; la escuadra francesa no hizo en su mayor parte otro papel que el de testigo y admirador del denuedo de la vanguardia.

«Tampoco consintió el Almirante en empeñar de nuevo la accion cuando el enemigo se alejaba á todo trapo con los dos navios apresados, y ordenó la retirada á la ría de Vigo, donde fondeó en 27 de julio. Por su valeroso comportamiento en esta batalla, Gravina recibió del ministro Decrés la siguiente carta, que, como dice un moderno escritor, es la demostracion más irrecusable de la ingratitud con que algunos historiadores franceses han premiado los servicios y el heroismo de nuestros marineros: «S. M. el Emperador, »le decia, ha visto con viva satisfaccion la conducta que vos, señor »Almirante, y toda la escuadra española tuvo en el combate de »3 termidor. S. M. no se expresa jamas respecto de vos, sino con »demostraciones de particular afecto, y cuenta especialmente con »vuestro celo, vuestro talento y vuestro conocido arrojo.»

Fácilmente puede comprenderse la cólera que habia de experimentar Napoleon al tener noticia de lo ocurrido, máxime esperando con impaciencia la llegada de aquellos buques para realizar su propósito, llegando á tal extremo su cólera, que desatándose en denuestos contra la marina y contra Villeneuve, le calificó de cobarde y de traidor.

Y razon tenía Napoleon para mostrarse furioso: la coalicion se presentó en campaña y únicamente de la rapidez de sus operaciones dependia el éxito.

La batalla de Ulm pone de nuevo á toda la Baviera á disposicion del Emperador, é inmediatamente dirigió sus pasos á halagar á Prusia, á fin de entretenerla mientras que su general Massena venia al archiduque Carlos y la bandera francesa, ondeando en los muros de Viena, obligaba al emperador de Austria á buscar un refugio entre los ejércitos rusos que se dirigian en su ayuda.

(1) Carta de Napoleon á su ministro de marina Decrés.



COMBATE DE TRAFALGAR.

Riera, editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.



## CAPITULO CLXIV.

Combate de Trafalgar.

Entre tanto la escuadra aliada permanecía en Cádiz, rota por completo la buena armonía entre franceses y españoles por efecto de la torpe conducta observada por el almirante Villeneuve.

Y era tal la indignación que reinaba en España, que los buques se encontraban faltos de víveres y de municiones, sin que, á pesar de las repetidas órdenes del príncipe de la Paz, pudiera conseguirse que se les surtiese de lo que necesitaban.

Ordenóse que se pusieran á disposición del Almirante todos los recursos que existían en el arsenal de la Carraca, pero lo mismo el intendente de marina de aquel departamento, que el comandante de artillería, negáronse á cumplimentar las órdenes recibidas.

El general Gravina, que participaba también de la general indignación y que podía aquilatar, como nadie, el proceder del francés, no tuvo otro remedio que dirigirse á Madrid á fin de hacer presente al Gobierno lo difícil de la situación en que se encontraban.

Presentóse al príncipe de la Paz y le habló con aquel lenguaje franco y enérgico que le caracterizaba, diciéndole que era precisa é indispensable la separación de Villeneuve, toda vez que de ella dependía la salvación de la marina española.

El recuerdo de lo ocurrido en América, y finalmente en el cabo de Finisterre, donde la impericia y el pavor del Almirante habían llegado á un extremo tan extraordinario, le había hecho perder todo el prestigio, la fuerza moral no existía, y no era posible de este modo continuar.

El príncipe de la Paz, á su vez preocupado por otros asuntos no ménos importantes, no podía prestar al marino toda la ayuda que deseaba.

Pero si Godoy no pudo encontrar en las circunstancias en que se hallaba una circunstancia favorable á aquel asunto, encontrábase en cambio Napoleón, á quien convenía que la escuadra aliada abandonase el puerto de Cádiz, para que, unida á la que había en Cartagena, se trasladara á las costas de Italia á llevar algunos refuerzos al general Saint-Cyr y que limpiase de cruceros ingleses á Nápoles, que se hallaba casi bloqueado por ellos.

Dirigióse un día al ministro de Marina, y significándole la cobardía que estaba advirtiendo en Villeneuve, le ordenó que diese el mando de la escuadra al almirante Rosylli y que Villeneuve fuese á París á darle cuenta de su conducta.

Estas noticias recibidas por el Almirante hicieronle salir de la inacción en que se hallaba.

Comprendió que estaba perdido, que su nombre estaba deshonrado, que su situación se había hecho extremadamente difícil, y, tratando de rehabilitarse por medio de una acción atrevida, pensó en salir al mar inmediatamente.

Pero como que la desesperación no es la mejor consejera en casos semejantes, Villeneuve tuvo la desgracia de que la determinación que tomó fué tan desacertada como desacertada había sido su conducta anterior.

Reunió consejo de oficiales, y á pesar de que todos ellos mostráronse contrarios á sus propósitos, pues la estación les era desfavorable, y fatal el estado de la mayor parte de los buques, acordóse hacerse á la vela tan pronto como se presentase una ocasión, que debía ser tan luégo como los enemigos dividiesen sus fuerzas para proteger sus expediciones por el Mediterráneo.

Pero la impaciencia del almirante francés no pudo esperar á que llegase este caso.

Sabedor de que la persona que había de sustituirle estaba próxima á llegar, el 19 de octubre dió la señal de marcha, y los treinta y tres navíos, cinco fragatas y dos bergantines que constituían la escuadra aliada, divididos en cinco divisiones, bajo el mando de Alava, Villeneuve, Gravina, Dumanoir y Magon, lanzáronse en busca del enemigo.

No les costó mucho trabajo el encontrarlo. A la siguiente mañana la armada de Nelson se presentó á la vista de los aliados, compuesta de un número de buques casi igual al de éstos, pero superiores por la ligereza y la dirección del jefe que les mandaba.

El objeto de Villeneuve estaba conseguido. Nelson dirigió á toda la escuadra la señal que tanta celebridad ha alcanzado. «Inglaterra espera que cada uno cumplirá con su deber,» decía aquella señal, y efectivamente, todos cumplieron con el suyo.

Divididas las fuerzas inglesas en dos columnas y con el viento en popa comenzaron inmediatamente el combate.

Era el día 21 de octubre de 1805.

Los aliados cubrían una extensa línea, sin haber formado una reserva que pudiera acudir á los puntos de mayor peligro.

Y no fué porque Gravina no se lo hubiese dicho al almirante francés, pero éste, que no buscaba en su desesperación más que un hecho ruidoso, para revindicarse un poco, no atendió las observaciones del marino español.

El navío *Victory*, que arbolaba la insignia del almirante inglés, atacó al *Bucentaure*, donde iba Villeneuve, y como que su objeto era cortar la línea por este sitio, lo consiguió fácilmente, áun cuando con graves pérdidas, por el fuego que le hacía el navío español *Santisima Trinidad*.

En auxilio del inglés acudieron otros buques, y Nelson recibió mortal herida, de la que falleció poco despues, pudiendo ver ántes de espirar que el *Bucentaure* y el *Trinidad* arriaban su pabellón.

De nuevo tornó á encenderse el horno del combate, y Collingwood, que tomó el mando en reemplazo de Nelson, hizo también prodigios de valor.

Donde había un buque español, empeñábase porfiada lucha, y de este modo los navíos *San Juan Nepomuceno*, *San Ildefonso*, *Santa Ana*, *Bahama* y otros, fueron poco á poco rindiéndose ó sumergiéndose en el mar.

Tampoco los franceses dejaron de pelear con denuedo, volviendo por el honor de su nación que tan malparado quedara en Finisterre, dando ejemplo el mismo Villeneuve, que, según los historiadores, estuvo dando muestras de una serenidad y de un valor extraordinario hasta el momento en que cayó prisionero.

Únicamente la división de vanguardia francesa, bajo las órdenes de Dumanoir, quedó ilesa, siendo, como dice un historiador moderno muy oportunamente, la que proyectó una sombra dolorosa y triste en aquel cuadro de gloria.

En cambio los buques españoles que iban con él, viendo su inacción, llenos de enojo y ansiosos de participar de la misma suerte de sus compañeros, apresuráronse á separarse de él tomando su parte activa en la célebre jornada.

Sin embargo, la batalla estaba perdida.

Los ingleses tenían en su ayuda el viento, la dirección y las mismas condiciones de sus buques, y una vez rota la línea, no tenían más sino ir destruyendo en detall, si así nos podemos expresar, aquella escuadra que tan poderosa se mostrara poco tiempo ántes.

Gravina, que montaba el navío *Príncipe de Asturias*, sostuvo encarnizado combate contra superiores fuerzas enemigas, hasta que, viéndose ya herido, falto de sus mejores oficiales, desarbolado el buque y sin medios de continuar defendiéndose, dió orden de hacer la señal de retirada.

Los buques españoles *Argonauta*, *San Leandro*, *Montañés*, *Nepetuno* y *San Justo* y los franceses *Indoptable* y *Pluton* fueron los únicos que acudieron á ella.

Esto era lo único que quedaba de aquella poderosa armada y esto lo único que Cádiz contempló en su bahía despues de aquel memorable combate.

España vió perecer en él sus mejores navíos y sus mejores oficiales, y si bien adquirió una gran gloria, porque hay derrotas que la proporcionan mayor que una victoria, en cambio nuestra marina sufrió en Trafalgar un golpe terrible.

Tres de nuestros buques fueron á pique durante el combate, cuatro perecieron estrellados junto á la costa durante el recio temporal que sobrevino despues; más de mil muertos cálculase que hubo en la sangrienta jornada, contándose en ellos marinos de tanta valía como Churruca, Galiano, Alcedo, y otros que fuera prolijo enumerar; pues todos fueron héroes en tan memorable día.

El mismo Gravina falleció en Cádiz poco despues á consecuencia de las heridas recibidas en el combate.

También los ingleses pagaron cara su victoria, porque la pérdida de Nelson fué para ellos irreparable, sin contar la de otros oficiales distinguidos.

Y como si todos los almirantes que pelearon en aquel famoso encuentro hubiesen formado decidido empeño en morir, Villeneuve se suicidó despues en Rennes, expiando de esta manera sus pasados desaciertos.

Un historiador condensa en los términos siguientes el memorable combate que historiamos:

«Los buques británicos tenían el viento en su favor, y atacaban en masa á cada uno de los combinados, puesto en línea. La táctica y la ligereza de la maniobra les dió la victoria. Cuando la vanguardia de la escuadra galo-hispana quiso acudir en defensa de los buques atacados, ya éstos estaban incapaces de concurrir al combate. Este duró desde las siete de la mañana hasta muy entrada la noche. Nelson pereció atacando en su navío *Victory* al *Redoutable*, habiéndole ya aferrado. El almirante francés Dumanoir, que mandaba la vanguardia, cumplió muy mal su obligación, pero los demás marinos franceses y todos los españoles pelearon con valor sobrehumano.

«La escuadra combinada perdió diez y siete buques: pero sólo dos pudieron entrar en Gibraltar prisioneros: los demás encallaron desarbolados en las costas ó se fueron á pique. El valiente general Gravina murió en Cádiz de las heridas recibidas en el combate. Perecieron en él el brigadier Churruca, D. Dionisio Alcalá Galiano, ambos tan sabios como valientes; D. Francisco Alcedo, su segundo, D. Antonio Castaños, y D. Francisco Moyna, que lo era de Churruca. Casi todos los demás oficiales de mayor graduación quedaron heridos. De tropa y marineros hubo cerca de dos mil quinientos entre muertos y heridos. Los ingleses tuvieron mil seiscientos noventa hombres fuera de combate; su pérdida en buques fué de ocho navíos de línea perdidos y nueve desarbolados é insertibles.»



EL GENERAL LINIERS